

PANEGÍRICO

DEL BIENAVENTURADO FRANCISCO REGIS CLET, DE LA CONGREGACIÓN
DE LA MISIÓN, PREDICADO EN LA CAPILLA DEL ROSARIO
DE SAN LUIS POTOSÍ, EL 19 DE FEBRERO DE 1901,
ÚLTIMO DÍA DEL TRIDUO CON QUE SE HA
CELEBRADO SU BEATIFICACIÓN.



Corona aurea super mitram eius.
Resplandece nueva corona de oro
sobre la diadema que ya ciñe su
frente.
Eccli. XLV, 14.

LOS ojos del mundo entero están vueltos hacia la China. Los desórdenes y las matanzas que obligaron á las potencias de Europa á coligarse para defender el cristianismo y la civilización en aquellas remotas comarcas, son de todos conocidos y por todos comentados. ¿Qué rincón hay en la tierra tan oculto, que no hayan llegado hasta su obscuridad las vislumbres de los incendios de Pekín, el eco de los cañonazos de la Mandchuria, los himnos de los mártires, que desde aquellas regiones han subido al cielo, después de atroces tormentos, y en número tan grande, como en los primeros años del cristianismo?

¡Y cosa en verdad bien extraña! Al mismo tiempo que las potencias cristianas se arman en favor de los

misioneros que han llevado la cruz y la bandera de sus respectivas naciones al extremo Oriente, en la Capital de aquella República, que se llama todavía la Hija primogénita de la Iglesia, se declara la guerra á esos mismos misioneros, ó por lo menos á las órdenes religiosas, que los han formado y convertido en héroes. Valientes voces han resonado en su favor: otras no menos elocuentes las han atacado; y causa admiración, que en este siglo, que tan indiferente finge ser en materias religiosas, unas y otras se hayan escuchado con vivo interés. No puede haber sido mayor la atención que en los albores del cristianismo se prestó á las apologías de Tertuliano ó de San Justino, que la que ahora ha acogido los discursos de un Conde de Mun, de un Renault-Morlière ó de un Piou. Con la misma confianza, por tanto, con que en otras circunstancias os citaría el trillado dicho de Tertuliano: la sangre de los mártires es fecunda simiente que engendra cristianos: *martyrum sanguis semen christianorum*, os cito ahora á la letra las siguientes sentencias del último diputado que acabo de nombrar:

«Gracias á una serie de ministerios, ya liberales, ya radicales, ya liberales y radicales á un tiempo; gracias también á la tolerancia de las mayorías parlamentarias, los órdenes religiosos se han reconstituido. No hay que ver en este hecho, ni la impotencia de la ley, ni falta de energía; sino el ascendiente soberano que encarna la idea de la justicia.»

De igual manera, así como leemos en Tácito y otros

autores antiguos, con una sonrisa de desdén, las absurdas calumnias que acerca de los cristianos, adoradores de la cabeza de asno, é incendiarios de Roma, se propagaban en tiempo de Nerón y sus inmediatos sucesores, no temeré repetiros las palabras que el relator Trouillot profirió en el mismo debate, hace muy pocos días:

«Hay cierto número de congregaciones autorizadas (por el Gobierno francés) con un fin especial, que han faltado á este fin. Por ejemplo, los Lazaristas (ó Paulinos, como los llamamos en México), autorizados para tener misiones, no las tienen.»

Un grito de asombro y de indignación se levantó por todas partes al oír una falsedad tan manifiesta. ¡Cómo exclamaron todos á una voz. ¿No es lazarista el Obispo de Pekín, que al frente de muchos de su congregación, y de una falange de hermanas de la Caridad, acaba de sostener con los ministros extranjeros el horroroso sitio que todos conocen? ¿No son lazaristas los que en esa y otras provincias de la China, han predicado el Evangelio y sufrido el martirio durante más de un siglo?

En efecto, señores, desde el año de 1784, por decretos de la Santa Sede y de los Reyes de Francia y Portugal, los hijos de San Vicente de Paul quedaron encargados de las misiones que hasta su supresión había tenido la Compañía de Jesús. Uno de los primeros Lazaristas que de Francia fueron á este nuevo campo de evangélicas batallas, fué Francisco Regis Clet, cuyas glorias venimos hoy á celebrar.

Nacido en Grenoble en 1748, en 1771 hizo sus votos en la Congregación de la Misión, y dos años más tarde fué ordenado sacerdote. No hacía mucho que había cumplido los cuarenta, cuando emprendió el larguísimo viaje al Celeste Imperio, y, aunque había desempeñado cargos importantes en su orden, su vida nada ofrece, hasta entonces, de muy extraordinario. Heroicas deben, no obstante, haber sido sus virtudes, para que le merecieran la gracia del martirio; pues éste, aunque sea un dón gratuito de Dios, es también casi siempre el premio de una santidad ya adquirida. Á su martirio es al que quiero llamar vuestra atención, confiado en la divina gracia, y en la intercesión de la Reina de los Mártires.

AVE MARÍA.

Hay muchas especies de martirio. El que más hiere nuestra imaginación es aquel en que el confesor de la fe, después de crueles tormentos, sufre la muerte por Jesucristo, ya apedreado como Esteban, ya crucificado como Pedro, ya decapitado como Pablo, ya desollado como Bartolomé, ya despeñado como Jacobo. Pero también es martirio el largo destierro por la santa causa de la Iglesia, ó la dura prisión, ó la tortura de que se sale ileso por milagro, como Juan de la caldera de aceite hirviendo; y la Sede Apostólica considera verdaderos mártires de Cristo á los Pontífices Eusebio, Marcelo, Silverio, Ponciano y otros, aunque actualmente no hayan perecido en los tormentos.

El Bienaventurado Francisco Clet, padeció ambos martirios. El que le causó directamente la muerte duró pocos minutos; pero el que lo agobió desde su desembarque en las playas de China, se prolongó casi treinta años.

Preciso es darse cuenta de la situación. Las leyes del Celeste Imperio prohibían á todo extranjero penetrar en su territorio, sobre todo, con el objeto de predicar una religión extraña. No obstante, no muchos años después de la muerte de San Francisco Javier, algunos de sus hermanos lograron introducirse, con

el pretexto de comercio, y de establecerse luego en la Corte como matemáticos, astrónomos ó mecánicos. Gracias al favor que la Ciencia les alcanzó, pudieron hacer no pocos neófitos, y establecer el cristianismo en la capital y en las provincias. Para facilitar la conversión de los paganos y no perder las buenas gracias del Emperador, adoptaron la táctica de las transacciones, y (según la gráfica expresión de no sé quién) salieron á encontrarlos á medio camino. Se acomodaron á ciertas prácticas supersticiosas, que su celo les hizo declarar inocentes, y se plegaron á ciertas ceremonias religiosas que juzgaron puramente civiles. El ojo vigilante de la Santa Sede investigó primero el asunto, lo examinó con detenimiento, y, por último, prohibió terminantemente esos ritos; pero en vez de encontrar la pronta obediencia que era de esperarse, sobrevino una resistencia obstinada que produjo divisiones lamentables, persecuciones increíbles, ruina y desolación por todas partes.

Los hijos de San Vicente, al heredar las misiones de la extinguida Compañía, heredaron también los trabajos y las penas que semejantes disturbios tenían que producir; y se agravaron con las diferencias que surgieron entre misioneros de diversas nacionalidades, aun cuando pertenecieran á la misma congregación. Al arribar, pues, el Bienaventurado Francisco Clet á la costa de China, no halló más que obstáculos para desembarcar, para penetrar en el Imperio, para llegar á su misión, para establecerse en ella, para cuidar

sus poquísimas ovejas, para aumentar su exiguo rebaño.

Cuando en el Nuevo Mundo hablamos de Misiones, se nos figura ver al Padre Olmedo, y al Venerable Zumárraga, y á Motolinía, y á Fray Pedro de Gante, convirtiendo, bautizando, evangelizando, instruyendo y educando á centenares de infieles, que pronto se vuelven millares, y á poco tiempo llegan á millones. No así en el Extremo Oriente. Los milagros y las conversiones por miríadas empezaron y acabaron en Francisco Javier. Para sus sucesores sólo ha habido persecuciones, opresión, ruina, destrucción, y, sobre todo, indiferencia y lentitud en el avance. Allí los consuelos son pocos ó ningunos, las penas continuas, y el desaliento habitual; de suerte que el martirio comienza aunque no haya verdugos, el martirio moral que es infinitamente peor que el de la muerte, y que es capaz de quebrantar una alma que no sea de adamant.

Visitemos un momento al Beato Clet en su misión del Kiang-Si, y en las que más tarde gobernó. A una pobre choza, á una mala cama, al arroz y escaso alimento, presto se ha habituado, como él mismo lo dice. Pero el idioma, el idioma chino no ha podido penetrar en su cerebro, ni aun después de muchos años. Raro es el hombre que después de los cuarenta puede aprender un idioma extranjero; pero si este hombre es nacido en Francia y el idioma es el de la China, que ni alfabeto tiene, la dificultad se centuplica. Tenemos, pues, al predicador convertido, á pesar suyo, en uno